



MITOS GRIEGOS

UN VIAJE EXTRAORDINARIO

MARCHELLA WARD

SANDER BERG

A la venta el 17 de abril de 2024

MITOS GRIEGOS

UN VIAJE EXTRAORDINARIO

MARCHELLA WARD

SANDER BERG

**Una aventura épica a través del fascinante mundo de la mitología griega.
Un libro ilustrado, para todas las edades**

Mitos griegos. Un viaje extraordinario, creado por la experta en clásicos doctora Marchella Ward e ilustrado por Sander Berg, es una evocadora recopilación de las leyendas más fascinantes de la antigua Grecia.

En Atenas podrás presenciar el comienzo del mundo y el nacimiento de Zeus y Atenea. Desde allí, viajarás al Monte Pelión para conocer a Prometeo y a Pandora, y acompañarás a Jasón y los argonautas en su búsqueda del vellocino de oro. Más allá del mar te esperan las historias del caballo de Troya, de Odiseo y los cíclopes, del rey Midas, y muchas más...

Una guía completa, en forma de cuento ilustrado, para comprender lo esencial de la mitología griega. Incluye el árbol genealógico de los dioses y un mapa de la antigua Grecia



EL COMIENZO DEL MUNDO

Hace mucho tiempo, antes de que existieran el mar y la tierra, el mundo era una inmensa neblina compuesta por una mezcolanza de diminutos trozos de todas las cosas. Por entonces no tenía nombre, pero los griegos lo llamaban Caos. No había palabras para describirlo: era, al mismo tiempo, cálido y frío, claro y oscuro, divino y humano, húmedo y seco. Luego —nadie sabe muy bien cómo— en el Caos se impuso un orden. La tierra se separó del mar y se distinguió del cielo. Unos dicen que fue Cronos, el dios del tiempo, quien desenmarañó los elementos y dio a cada uno un nombre y un lugar; otros, que él ni siquiera existía aún. Cuando todo quedó colocado en su sitio, las constelaciones comenzaron a brillar en el cielo y el mar inició su vaivén contra la orilla, estableciendo un ritmo diario para el mundo. La tierra seguía brillando como el oro, recién desenredada del cielo y del mar, y ningún agricultor se atrevía aún a romperla con un arado.

Dioses, diosas, gigantes y titanes vivían juntos sobre la tierra y los campos les proporcionaban de buen grado todo tipo de frutas y verduras, sin que nadie las hubiera plantado. En aquella época dorada, nadie envejecía ni enfermaba; simplemente, descendían en paz al Inframundo, sin que pareciera que por ellos hubieran pasado más de veintitrés años. Atenas ni siquiera existía.

Los hijos del Caos eran dos sombras, Oscuridad y Noche, que, a su vez, tuvieron una hija llamada Luz, que era lo más diferente de sus padres de lo que uno pueda imaginar. Mientras tanto, Gea, la tierra, se enamoró del cielo, que se llamaba Urano, y tuvieron muchos vástagos. Los seis primeros hijos y las seis primeras hijas fueron los titanes. Tenían aspecto humano, pero eran tan grandes que no se podían abarcar con la mirada, por lejos que uno se colocase. Los tres hijos siguientes salieron tan colosales como los titanes, aunque con un centenar de manos cada uno. Los hijos más jóvenes fueron los cíclopes, que, de espaldas, eran iguales que sus hermanos y hermanas, pero tenían un solo ojo plantado en medio de la frente. De estos hijos descenderían todos los dioses que conocieron los griegos y, posteriormente, también los seres humanos, aunque en esa época nadie sabía aún qué era un ser humano.



EL NACIMIENTO DE ZEUS

Cronos, el principal de los titanes, vivía temeroso de que algún día sus propios hijos crecieran y ocuparan su lugar como amo del mundo. Este hijo de Gea y Urano no tenía la menor idea de lo que eran la amabilidad humana ni la lealtad familiar. Para que sus hijos no pudieran usurpar su poder, los iba devorando en cuanto nacían. Cada vez que su esposa, Rea, sentía que un bebé le daba pataditas en el vientre, le suplicaba que se olvidara de su poder y dejara vivir a la criatura inocente, pero, ni bien nacía el bebé, Cronos se lo arrebatava de los brazos.

Rea perdió así a cinco hijos, pero, cuando supo que llevaba en su interior al sexto, concibió un plan. Huyó a la isla de Creta, donde el mar circundante la protegía de su esposo. Oculta en una cueva, dio a luz al bebé en secreto y lo llamó Zeus. Sin embargo, el mar no podía mantener alejado a Cronos para siempre. Pocos días después del nacimiento de Zeus, Rea advirtió un zumbido nervioso entre las ninfas de las abejas que vivían en las proximidades: habían llegado las naves de Cronos. Los muros de la cueva temblaron y se hicieron eco de cada pisada de los gigantescos pies de su esposo. A Rea no le quedó más remedio que dejar al bebé Zeus al cuidado de las ninfas y enfrentarse a su marido a solas. Con fuerza sobrehumana, arrancó una de las rocas de la pared, la envolvió en una manta suave que había tejido ella misma y la cogió en sus brazos. A continuación, se despidió de Zeus con un beso y salió de la cueva, dejando atrás a su bebé.

Cuando Cronos vio que su esposa sostenía contra su pecho lo que tomó por su hijo recién nacido, no pudo por menos de recordar la profecía que había oído hacía mucho tiempo: que algún día su propio hijo lo mataría y asumiría el control del mundo.

—Lo he llamado Zeus —dijo Rea, sosteniendo al bebé de piedra fuera de la vista de su marido para que no advirtiera el engaño. Cronos se lo arrebató y, sin desenvolver siquiera los pliegues de la manta para ver lo que contenía, abrió la boca como una serpiente y se lo tragó entero. Después levantó a su esposa con un solo puño y, cruzando la playa en tres pasos gigantescos, se dirigió otra vez al barco, donde dio la orden a los vientos, que alejaron rápidamente la nave.

Zeus vivió en la cueva con las ninfas de las abejas hasta que tuvo edad suficiente para comprender lo que su padre les había hecho a sus hermanos. Quería demostrarle que había obrado mal, de modo que se puso a recorrer la isla para ver si se le ocurría algún plan. Un día, cuando estaba de pie en la orilla, le pareció distinguir entre el estrépito de las olas el sonido de una voz.

Zeus avanzó hasta que el agua le llegó por los tobillos. De la blanca espuma emergió una joven. Él conocía la leyenda de Metis, una ninfa marina que sabía preparar pociones mágicas, pero nunca la había visto con sus propios ojos. Ella alargó su mano acuosa y Zeus vio que sostenía una botella verde, en cuyo interior burbujeaba y se agitaba un líquido, aun cuando la botella permanecía quieta.

Zeus no habría podido pedir una poción más perfecta. En cuanto Cronos la bebió, se agarró el estómago con las dos manos y vomitó. Zeus contempló a sus hermanos y a sus hermanas que nadaban para salvar la vida en la gran ola que brotó de la boca de su padre. Los contó a medida que iban pasando: Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón. Lo último que salió del vientre de Cronos fue la roca que había tragado en lugar de su pequeño hijo.

Furioso, Cronos reunió a los titanes de todo el mundo y declaró la guerra a sus hijos. El enfrentamiento duró diez años, pero, mientras que Zeus y los otros cinco dioses y diosas se iban haciendo mayores y más fuertes, Cronos y los titanes se volvían cada vez más débiles y frágiles. Zeus empezaba a pensar que la guerra duraría para siempre, pero entonces se le ocurrió una idea.

Los cíclopes eran los mejores guerreros que conocía —unos gigantes inmensos que devoraban grandes bestias a puñados—, pero no podían acudir, porque estaban encerrados en el Tártaro, una mazmorra subterránea situada tan por debajo del Inframundo como lo está el cielo por encima de la tierra. Zeus emprendió el viaje para encontrarlos y liberarlos, porque un dios no necesita una llave para abrir las puertas del Tártaro, pero a punto estaba de entrar cuando avistó una criatura inimaginable, llamada Campe. Era mitad mujer y mitad dragón y en torno a su cintura gruñían y lanzaban dentelladas las cincuenta cabezas de otros tantos lobos, osos, serpientes, leones y tigres. De su espalda salían una cola larga con un aguijón de escorpión y un par de amenazadoras alas negras. Campe se le acercó.

Al moverse, las serpientes enroscadas a sus tobillos sisearon y aullaron los lobos que le rodeaban la cintura. Sin embargo, Campe no podía competir con el futuro rey de los dioses. Zeus la abatió con un poder que ni siquiera él sabía que poseía: un único relámpago. Liberó a los cíclopes de su celda y los condujo a lo alto del monte Olimpo. Con los cíclopes de su parte, Zeus y sus hermanos no podían perder.

EL CASTIGO DE PROMETEO

Estalló otra guerra, con los hermanos de Zeus en un bando y los titanes en el otro. Los dioses vivían en el monte Olimpo, una montaña tan alta que ni siquiera los titanes, puestos de puntillas, podían verle la cima. Dos de ellos, Oto y Efi altes, estaban desesperados por mirar a la cara a Zeus y a sus hermanos. Arrancaron del suelo el monte Pelión y lo pusieron encima del monte Osa. Usando las montañas como peldaños, trataron de subir a lo más alto del monte Olimpo, pero Apolo los vio venir y de un potente puntapié los envió rodando al Inframundo.

Tras mucho derramamiento de sangre, los dioses salieron victoriosos. Para castigar a los titanes, Zeus los desterró a todos al Inframundo, menos a Prometeo y a su hermano Epimeteo, que no habían participado en la guerra. Zeus otorgó a cada uno de los jóvenes un papel en su nuevo mundo. A Epimeteo le encargó que repartiera los regalos de los dioses entre todos los seres vivos de la Tierra. A Prometeo le encomendó una misión más difícil aún: crear a los seres humanos.

Prometeo se puso a trabajar de inmediato. Dedicó varios días a crear cuidadosamente una forma humana de barro con los dedos. Cuando terminó, le pidió a la diosa Atenea que insuflara vida a la figura que había hecho. Mientras tanto, Epimeteo disfrutaba muchísimo con la tarea de distribuir sus dones entre todas las criaturas de la Tierra. A los perros les concedió la lealtad; a los zorros, la curiosidad; a las arañas, la habilidad para tejer, y a los peces, escamas brillantes para deslizarse fácilmente por el mar. Epimeteo se lo estaba pasando tan bien que, cuando los seres humanos de Prometeo cobraron vida, la bolsa de los regalos estaba vacía. A Epimeteo no le quedaba nada para darles.



Prometeo se llevó una desilusión por lo que había hecho su hermano menor, pero se comprometió a compensar a los seres humanos recién creados, que apenas estaban aprendiendo a respirar. Les prometió dos cosas: en primer lugar, que serían las únicas criaturas del reino animal que andarían erguidas sobre dos piernas, como los dioses, y, en segundo lugar, que serían también las únicas capaces de encender el fuego. Sin embargo, según pronunciaba estas palabras, Prometeo supo que había cometido un grave error, porque Zeus le había dicho que el fuego solo pertenecía a los dioses. Con todo, desechó este pensamiento, se estiró, encendió una antorcha con las llamas del sol y la llevó a la Tierra. Cuando Zeus vio la llama que descendía de los cielos, se puso furioso y empezó a tramar para Prometeo el peor castigo que se le ocurrió.

Zeus desterró a Prometeo al monte Cáucaso, el rincón más remoto del mundo que un dios podría imaginar, y lo hizo encadenar a una roca enorme. Todos los días enviaba un águila que le picoteaba y le roía el hígado, le arrancaba grandes trozos de carne y los devoraba enteros. Todas las noches, Zeus regeneraba el hígado de Prometeo para que el titán no muriera. Pasaron los años y se convirtieron en siglos y Prometeo siguió sin poder alejarse de la roca ni evitar al águila voraz que llegaba cada día a arrancarle las entrañas. Día tras día, Prometeo imploraba a Zeus que lo dejara libre y lo enviara al Inframundo y día tras día ignoraba Zeus sus súplicas. No moriría —le decía Zeus— hasta que alguien aceptara dar la vida por él. Prometeo no concebía que nadie estuviera dispuesto a hacer semejante sacrificio.

QUIRON, EL CENTAURO





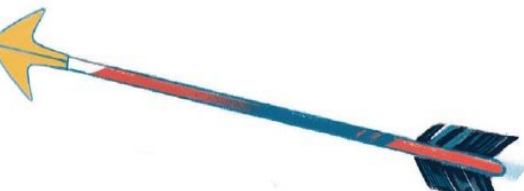
Quirón vivía en una cueva sombría en el monte Pelión. Era un centauro, es decir, una criatura cuyo cuerpo era mitad hombre y mitad caballo. Era famoso por su sabiduría y entendía mucho de poesía: le había enseñado el dios Apolo. Los jóvenes de toda Creta acudían en masa a su cueva para escucharlo. Además, por ser hijo de un titán, era inmortal.

Entre los discípulos de Quirón había un joven llamado Heracles. Más adelante, todo el mundo tuvo conocimiento de lo fuerte que era, pero Quirón lo supo en cuanto lo vio sentado a sus pies con las piernas cruzadas, cuando era un niño de corta edad. Años después, Heracles regresó al monte Pelión. Ni bien llegó, se dirigió a la casa de Folo, un viejo centauro amigo suyo, y se quedó a comer con él. Para acompañar las viandas, Folo abrió una frasca de vino, sin advertir que aquella botella en particular pertenecía al mismísimo dios del vino, Dioniso. El olor embriagador del vino divino se esparció por las cuevas y llegó a los demás centauros, que corrieron por los oscuros pasillos y atacaron a Folo con la esperanza de escamotearle un pequeño sorbo.

Heracles cogió sus flechas envenenadas para dispersar a los centauros y, sin detenerse a apuntar, disparó, presa del pánico. Cada vez entraban corriendo más centauros y Heracles fue arrojando una flecha tras otra, para tratar de defender a su amigo. De pronto escuchó un grito: «Heracles, soy yo. ¡Detente!» Era demasiado tarde. Cuando captó el sentido de aquellas palabras, Heracles ya había soltado la cuerda del arco. Solo cuando oyó el golpe seco de las rodillas de un centauro contra el suelo —tenía una flecha clavada en el músculo de la pata— reconoció el rostro de su antiguo maestro, Quirón.

Quirón se sujetó con fuerza la pata entre las manos para tratar de detener la hemorragia, pero no pudo evitar que el dolor se propagara desde la herida. Los demás centauros guardaron silencio. La botella del néctar divino de Dioniso se derramó sobre el suelo y la tierra la absorbió con avidez, aunque ni Heracles ni los centauros lo advirtieron. Heracles se echó a llorar. Como Quirón era inmortal, jamás se había planteado su propia muerte, pero en aquel momento pensó que el dolor que le subía desde la pierna hasta la cadera podía acabar con él.






En los días y las semanas siguientes, Heracles no se separó del anciano centauro e iba de un lado a otro para que Quirón tuviera que levantarse o caminar por la cueva lo menos posible. Aunque lo conocía desde la infancia, Heracles siempre descubría que seguía teniendo cosas que aprender de Quirón y los dos nunca se quedaban sin temas de conversación. Una noche, cuando estaba sentado a su lado, le contó a Quirón lo que le había pasado a Prometeo y el castigo que le habían impuesto los dioses por llevar el fuego a los seres humanos.

Quirón guardó silencio. Al anciano maestro, que había dedicado la vida a enseñar a los jóvenes a pensar por sí mismos, le costaba comprender por qué Zeus había castigado al joven titán. De todo lo que había enseñado a sus discípulos, lo que más valoraba era lo siguiente: «El conocimiento de sí mismo no significa nada. Lo que nos engrandece es compartirlo con los demás.» Él mismo había grabado estas palabras en las paredes de la cueva que había sido su aula durante tantos años. ¿Qué delito había cometido Prometeo, aparte de querer compartir con otros el calor del fuego? El castigo que le habían impuesto le parecía injusto.

Aquella noche, en sus plegarias a los dioses, Quirón expresó esta opinión en voz alta. Imploró a Zeus que le permitiera ocupar el lugar de Prometeo y entregar a cambio su inmortalidad. En cuanto lo dijo, sintió que sus pezuñas se volvían pesadas y oyó el tintineo metálico de unas cadenas. Percibió contra su espalda la superficie de un enorme peñasco y, cuando parpadeó y miró a su alrededor, se encontró en lo alto de una montaña desconocida. Al ver que un águila de pico afilado se abatía sobre la parte carnosa por debajo de su caja torácica, se dio cuenta de que su plegaria había sido escuchada: Prometeo había sido liberado y Quirón sufriría eternamente un castigo que no le correspondía.

Sin embargo, Quirón no siguió encadenado a la roca para siempre. Zeus se apiadó del centauro que, después de todo, no lo había desobedecido. Al cabo de tres días de agonía, Zeus lo liberó de la roca y lo elevó a los cielos. Convirtió cada uno de sus huesos en una pequeña estrella y lanzó a gritos una promesa que escucharon todos los jóvenes de Grecia: quienes buscaran respuestas solo tendrían que alzar la vista al cielo nocturno. Mientras hubiera jóvenes que se hicieran preguntas acerca del mundo, Quirón estaría allí, con la forma de su cuerpo punteada por las estrellas. Zeus dio a la constelación el nombre de Centauro, por la familia de criaturas mitad hombre y mitad caballo a la que pertenecía Quirón.



Índice

EL ARBOL GENEALOGICO
DE LOS DIOS

MAPA DE LA ANTIGUA GRECIA

ATENAS

El comienzo del mundo
El nacimiento de Zeus
El nacimiento de Atenea

EL MONTE PELION

El castigo de Prometeo
Pandora
Quirón, el centauro
Jasón y los argonautas
Jasón conoce a Medea

EL MONTE PARNASO

Pegaso y Belerofonte
El descubrimiento de Licorea
Orfeo y Eurídice

LA CIUDAD DE TEBAS

Edipo y Yocasta
Antígona 78
Eco y Narciso 82

Penteo y Dioniso

ALLENDE EL MAR

El caballo de Troya
Odiseo y los cíclopes
El rey Midas

LA CIUDAD DE ARGOS

Perseo y Medusa
Perseo y Andrómeda
Los trabajos de Heracles

EL INFRAMUNDO

Deméter y Perséfone
Alceste

EL MUNDO DE LOS VIVOS

Cecropia
Las furias
El Minotauro
Dédalo e Ícaro
Por fin en casa

EPILOGO

ATENEA Y LAS LECHUZAS

SOBRE LA AUTORA
Y EL ILUSTRADOR

EL LIBRO POR DENTRO

ODISEO Y LOS CÍCLOPES

Sin embargo, Odiseo y sus hombres no fueron felices ni comieron perdices. Cuando regresaba de la guerra de Troya, Odiseo disgustó a Poseidón. Una tormenta lo apartó de su curso e impulsó sus naves hasta la orilla de una pequeña isla, frente a la costa de Sicilia. Echaron amarrias y se dispusieron a averiguar quién vivía allí. Al remontar la playa, se sorprendieron al ver una cueva en la que había dispuestos vino y leche fresca de oveja y entraron. Poco después, se proyectó sobre el interior de la cueva una sombra inmensa: algo o alguien estaba bloqueando la entrada. Lo que no sabían los fatigados viajeros era que en aquella isla vivían los cíclopes y que la cueva en la que acababan de entrar sin permiso pertenecía a Polifemo.

Los hombres lo olieron antes de verlo —su aliento era una mezcla de carne putrefacta y leche de oveja—, pero Polifemo no pareció reparar en la presencia de Odiseo y sus acompañantes cuando hizo entrar en la cueva a su rebaño de ovejas y, con un simple movimiento de su dedo índice, hizo rodar la inmensa piedra que cubría la entrada, encerrándose dentro, a sí mismo y a los hombres. La cueva quedó sumida en la oscuridad. Odiseo y sus amigos no podían ver más allá de las yemas de sus propios dedos.





EL MUNDO DE LOS VIVOS

Pequeña Lechuza sintió alivio. Las historias del Búho Blanco le habían dado esperanzas de que ella y Noctambulero podrían regresar del Inframundo, después de todo. Los dos lechuzas atenienses batieron las alas y se internaron aún más en la oscuridad, donde reinaba una extraña paz, después de dejar atrás a las ranas cantarinas. Los espíritus no parecían advertirlas y seguían con sus ocupaciones, como si nunca hubieran muerto.

Noctambulero vio algo que brillaba a los lejos, como si reflejara una luz misteriosa. Hizo señas a Pequeña Lechuza para que lo siguiera, mientras iba a echar un vistazo más de cerca, con la esperanza de encontrar un camino de regreso al mundo de los vivos. Los dos estaban desesperados por volver a su casa, en Atenas. Cuando se acercaron lo suficiente, se sorprendieron al ver, en un rincón, una lechuza dorada sobre un pedestal. Noctambulero se acercó lentamente a la estatua y la reconoció al instante, aunque cuando él la conoció no era de oro. Era Lechuza Sabia. Noctambulero llamó a Pequeña Lechuza y le pidió que se acercara.

—¿Qué pasa?—dijo ella, sin saber si preocuparse o entusiasmarse.

—Pequeña Lechuza—dijo él, con la voz más seria que nunca, como si algo le pesara en el fondo de la garganta—, te presento a Lechuza Sabia—hizo una pausa—, tu abuela.

Cuando Noctambulero pronunció estas palabras, algo se agitó dentro de la estatua dorada.

Aunque no se movió, Pequeña Lechuza advirtió que la lechuza dorada tenía algo que decir.

Sobre la autora y el ilustrador

Marchella Ward, la autora es experta en los clásicos y se dedica a explorar los mitos y las leyendas del mundo antiguo en las bibliotecas de la Universidad de Oxford (Reino Unido). Más que investigar cómo era el mundo antiguo, le interesa indagar en la forma en la que este llegó a sentar las bases del mundo moderno.

Sander Berg es un ilustrador sueco. Su obra se centra en el color, la tipografía y la ilustración digital contemporánea y le fascina la fuerza narrativa del dibujo. *Un recorrido por los mitos griegos* es su primer libro para niños.

Mitos griegos

Un viaje extraordinario

Marchella Ward, Sander Berg

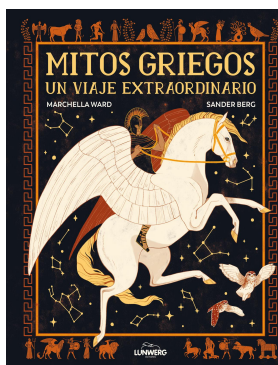
Lunweg Editores, 2024

19 x 23 cm. / 160 páginas

Tapa dura sin s/cub. (cartoné)

PVP c/IVA: 19,95 €

A la venta desde el 17 de abril de 2024



Para más información a prensa:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Libros Lunweg

Tel: 619 212 722 / lescudero@planeta.es